Eleonore, bacterióloga, directora del instituto Pasteur, aureolada por el pueblo con el prestigio de la belleza, la ciencia, la hechicería, y encargada de encontrar el suero contra la peste mortífera. Mas esta mujer, casi único personaje de esta epopeya «maldita», desencadena por su parte otra peste de orden sentimental, alucinando a unos hombres que se mueven en torno de su radio magnético como fantoches, sobre el coro patético de los apestados.

Mas sería imposible y superfluo seguir paso a paso la acción de esta novela, que en rigor sólo existe en función de los contrastes sensuales crudamente reflejados en sus páginas ultraviolentadas, que atraviesan corrientes alternas de sensualidad y de muerte. Por otra parte, el tema novelesco de la peste, aunque al pasar por la imaginación escalofriante de Delteil adquiere aspectos insospechados, no tiene ninguna novedad. Ha tentado siempre a aquellos novelistas que, deseando anticipar una visión porvenirista del Cosmos, han ideado una catástrofe abreviadora de los milenios transmutadores. Así Pöe, Wells, en su cuento *The stollen bacillus* y especialmente Jack London, en *The scarlet pest*. Pero este último sitúa la peste en el año 2013, simulando el relato de un viejo superviviente—un siglo después de la peste escarlata—que pinta un mundo regresado al más elemental salvajismo, mientras que el propósito de Delteil no es tejer las intuiciones de una anticipación, sino fijar las variaciones novelescas susceptibles de ser experimentadas por el tiempo presente, al romperse todas las ruedas y engranajes de su maquinaria. Mas la impresión extraída de este desencadenamiento no es un canto optimista de la vida, ni un himno apologético de los cinco sentidos—como parece pretender el autor—; antes al contrario, es patética y deprimente. La presunta apología de los cinco sentidos es más bien el testimonio de su destrucción inexorable, según el capítulo final *Supplice*, amplio muestrario de barrocos sadismos cerebrales.—*GUILLERMO DE TORRE.*

IMPRENTA DE RAFAEL CARO RAGGIO: MENDIZÁBAL, 34, MADRID

Año II pp. 305-342 N.º XVI

Revista de Occidente

Director:

José Ortega y Gasset



Sumario

GREGORIO MARAÑÓN: *Sexo y trabajo* * J. ORTEGA Y GASSET: *Parerga: Cosmopolitismo* * GUILLERMO HAAS: *Los tipos de humanidad: La unidad de Europa* * GILBERTO NORWOOD: *Al doblar los cuarenta*

NOTAS. ANGEL SÁNCHEZ RIVERO: Dos bibliotecas de autores clásicos E. GIMÉNEZ CABALLERO: Ramón Menéndez Pidal, *Poesía juglaresca y juglares* * FERNANDO VELA: El suprarealismo * AUTOCRÍTICA — de José Moreno Villa —

Precio: 3,50 Madrid Diciembre 19

Sexo y trabajo

AL contemplar a una ciudad desde una gran altura, lo que más nos sorprende es la acción frenética que agita a sus habitantes. Cuando estábamos entre ellos, la perspectiva cercana y el propio movimiento, amenguaban esta impresión de frenesí que nos dan, vistos de lejos y a salvo ya de la corriente impetuosa que los arrastra. Si cerramos ahora los ojos y vemos el espectáculo de la Humanidad entera, como veíamos desde una torre a nuestros contemporáneos de la ciudad, aquella impresión se agiganta. Desde que existe el mundo, en las cinco partes de la tierra, los hombres se afanan en un ir y venir incansable, que a la distancia nos parece sin sentido, como los infusorios que cortan en zigs-zags rapidísimos y en apariencia absurdos el campo visual, cuando miramos al microscopio una gota de agua.

Nos preguntamos entonces qué hacen esos hombres, que corren y accionan, como poseídos de locura;

y se nos responderá: trabajan o se divierten. Pero desde nuestro observatorio, trabajar o divertirse no son sino pretextos; y tornamos a preguntarnos: ¿por qué trabajan? y ¿por qué se divierten? He aquí el tema del presente ensayo.

§

Para el hombre de nuestra civilización el trabajo es originariamente un castigo del Cielo. Hubo un hombre, Adán, que durante una parte de su vida no conoció el trabajo. Vivía por vivir en la soledad del Paraíso, sin esfuerzos y sin dolor. Pero un día sucumbió a la tentación de la carne y fué arrojado al mundo por el Dios irritado. «Con el sudor de tu rostro, le dijo, comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra.» Y a partir de ese instante, el hombre y todos los demás hombres, quedaron sujetos al yugo doloroso del trabajo.

Basta volver unas pocas páginas del Libro Sagrado para ver que muy pronto desmintieron los descendientes de Adán la maldición divina. El hombre se dividió en seguida en castas y el sufrir para comer quedó reservado tan sólo a una parte de los mortales. Los otros se libertaron del yugo y vivieron sin trabajar. Puesto que era un castigo ganar el pan, prefirieron eludirlo; sin grave anatema, por cierto, de los encargados de hacer cumplir la voluntad de Dios sobre la Tierra.

Para los fisiólogos el trabajo es una necesidad saludable. El organismo, nos dicen, necesita de la actividad tanto porque ésta le procura el pan de cada día, como por ser la fuente principal de las energías que nos hacen vivir y ser fuertes.

Vamos a ensayar nosotros el buscar la significación del trabajo en la vida humana desde el punto de vista de la biología general; advirtiendo, que no por hablar de biología pretendo dar a mis opiniones, tal vez un tanto arbitrarias, un carácter doctoral, sino sólo el de modestas sugestiones discutibles.

¿Es el trabajo, en efecto, algo postizo al ser humano que éste puede aceptar o no según sus conveniencias o según la ley de la necesidad se lo dicte? ¿Es una condena que se extinguirá algún día? ¿Es la mera consecuencia de una desarmonía económica? ¿Es pura y simplemente una necesidad higiénica?

Contestamos rotundamente que no. El trabajo puede ser todo esto; pero originaria, fundamentalmente, es una función normal del organismo, como la digestión o la copulación.

Ahora bien: es una función discrecional, no obligatoria; una función que aunque parezca paradoja tratándose del trabajo pudiéramos llamar «de lujo»; puesto que no es indispensable para la vida del individuo; y, de hecho, muchos hombres viven sin trabajar. Y es porque contra lo que parece a primera vista, no se trata de una función adscrita al instinto perentorio de la conservación, sino al instinto menos urgente de la procreación, de la difusión de la especie. O dicho de otro modo, y así expresamos ya terminantemente nuestro pensamiento: el trabajo es una función

de orden sexual, un verdadero «carácter sexual», como dicen los naturalistas.

Esta es mi tesis, cuya demostración relativamente fácil, nos servirá para iluminar de un modo nuevo algunos aspectos interesantes de la vida social del hombre y de la mujer.

§

Veamos, ante todo, cómo podemos incluir el trabajo entre los caracteres sexuales. Por caracteres sexuales se entiende, como todo el mundo sabe, aquellos rasgos anatómicos y funcionales que nos permiten distinguir ante un animal dado, cualquiera que sea su especie, si pertenece al sexo femenino o al masculino. Para la mayoría de las especies superiores el vulgo tiene un conocimiento empírico de una parte de esos caracteres sexuales. Cuando entramos en un gallinero, distinguimos, desde niños, al macho, al gallo, por su cresta eréctil, por sus espolones agudos y por el plumaje vistoso que no tiene la hembra. Apreciamos además, en seguida, que su tamaño es mayor y su vigor muscular incomparablemente más grande que los de la gallina. Y aún no nos es preciso verles para diferenciarlos porque nos basta para poder hacerlo con toda precisión el oír el canto agudo del uno o el cacareo pacífico de la otra. Estos son, pues, los caracteres sexuales, que culminan en el examen directo de los órganos de reproducción y en el uso, exactamente inverso y complementario que hacen de ellos en el momento de la cópula.

Pero esta apreciación de los caracteres distintivos del sexo que se hace con tanta facilidad en la mayor parte de los animales superiores, es muy difícil en las especies pertenecientes a los últimos escalones de la zoología. Y a su vez, en la especie humana, la complejidad que alcanza la vida sexual hace que la diferenciación entre ambos sexos se complique aún en condiciones normales y mucho más, por descontado, en las condiciones patológicas. Esto ha dado lugar a que naturalistas, fisiólogos y médicos hayan profundizado en el estudio de los caracteres sexuales, contando en la actualidad este problema con una bibliografía que nos sería imposible resumir por lo que nos atendremos a nuestro modo personal de pensar.

Refiriéndonos concretamente a la especie humana, nosotros hemos dividido los caracteres sexuales (y autores tan considerables en esta materia como Lipschüzt aceptan nuestra división) en *anatómicos* y *funcionales*, ya que tanto se diferencia el hombre de la mujer por su constitución orgánica, por su arquitectura física, cuanto por el distinto modo y calidad de muchas de sus actividades. Y tanto los caracteres anatómicos como los funcionales, los subdividimos en *primarios* y *secundarios;* clasificación ya vieja, pero empleada de un modo equívoco por los autores.

Los caracteres anatómicos primarios son los órganos generadores que precisamente en nuestra especie alcanzan su máxima diferenciación: no hay para qué insistir sobre ello. Pero observemos la distinta impor-

tancia que, con relación al resto del organismo, tienen en uno y otro sexo. El aparato reproductor del varón es proporcionalmente de poca magnitud y en su casi totalidad externo y como añadido a la arquitectura general del individuo.

En la mujer, por el contrario, este aparato alcanza una masa considerable, ocupando casi totalmente una de las grandes cavidades del tronco, la cavidad pelviana; y aún tiene lejos de ésta dos órganos accesorios, las mamas, que tanto contribuyen al distinto pergeño de los sexos, y que tanta trascendencia adquieren en la vida de la mujer normal.

Estas diferencias fundamentales en la anatomía nos indican ya la distinta importancia que la correspondiente función sexual primaria ha de tener en cada una de las dos mitades del género humano.

La función sexual primaria, es en efecto, en el hombre breve y pasajera, como es poco importante su aparato reproductor primario. La cópula con la hembra puede durar tan sólo unos minutos, que bastan sin embargo para que el varón cumpla íntegramente esta función fundamental. Pero en la mujer esos minutos no son sino el comienzo de una larga serie de fenómenos complicados y molestos en cuyos largos meses de transcurso todo el organismo materno, hasta la última de sus células, se modifica profundamente para culminar en el trance doloroso del alumbramiento y seguir con el período dilatado de la lactancia, durante la cual las más menudas actividades vegetativas de la mujer convergen a la realización del nutrimiento del recién nacido.

Cuando contemplamos al hombre y a la mujer en el plano de ciertas actividades intelectivas y sociales, podremos por lo tanto hablar de la igualdad, siempre relativa, de los sexos. Pero vistos una y otra con los ojos del naturalista, se percibe esta fundamental diferencia que los separa. Fundamental en su sentido estricto, porque afecta a las raíces más hondas de sus organizaciones respectivas. Un soldado ebrio viola a su paso por la ciudad conquistada a una mujer, desmayada de horror, y sigue su camino sin conservar tal vez ni el recuerdo de la pobre hembra pasiva; a la que la naturaleza ordena, sin embargo, la misma esclavitud al ciclo sexual que a la madre fecundada en una hora de amor consciente y entrañable. Y este hecho que tiene la apariencia de una injusticia monstruosa debe servirnos de punto de mira constante al tratar de la vida de los sexos y sus relaciones con la actividad social.

§

Pero el hombre y la mujer no se diferencian sólo por estos rasgos y estas funciones primarias; sino que el sello sexual se imprime mucho más allá, hasta en rincones de nuestra organización que parecen al pronto muy lejanos de los expuestos. Salvo las vísceras más groseras, apenas hay porción del cuerpo que no tenga «su sexo», como lo tiene el cuerpo en su to-

talidad. Los médicos legistas, llegan a diagnosticar a la vista de un trozo reducido de cadáver casi informe, si perteneció a una víctima masculina o femenina. Y en un osario común, en uno de esos montones de huesos incompletos y medio calcinados que vemos a veces en un rincón de los pequeños cementerios aldeanos o en las fosas de las necrópolis antiguas, es posible averiguar si el fragmento de cráneo o de femur que cogemos al azar sustentó un organismo de hombre o de mujer.

Todos estos detalles que ya no pertenecen a los órganos de la reproducción, pero que tienen un sello sexual, son los caracteres sexuales secundarios; muchos de los cuales, como ya hemos dicho, aprecia empíricamente el vulgo, como los primarios mismos: tales son la presencia o ausencia de barba, el aire nervudo y la línea robusta y escueta varonil o la suavidad del contorno femenino, etc. Si nosotros consideramos ahora atentamente cuáles son entre estos rasgos secundarios los que mayor importancia tienen para la diferenciación sexual, llegaremos a las conclusiones siguientes:

En el hombre, el sistema nervioso tiene una constitución más estable que en la mujer, que no puede apreciarse por detalles estructurales definidos, pero sí por diferencias esencialmente profundas de su funcionamiento.

En el hombre, el sistema locomotor —los músculos, las articulaciones y los huesos— alcanzan un desarrollo mucho mayor que en la mujer.

En el varón, la grasa se distribuye de distinto modo que en la hembra, en la cual es más abundante y se acumula en sitios de elección que dan al cuerpo femenino su morfología peculiar, bien conocida.

La distribución y la longitud del cabello y del vello es también profundamente distinta en cada sexo.

Y, por fin, la laringe varonil alcanza un grado de desarrollo mayor que la laringe femenina, diferencia ostensible desde el punto de vista morfológico por la prominencia de este órgano en el hombre, formando «la nuez» que en la mujer no existe; y desde el punto de vista funcional por el distinto tono de la voz en uno y otro sexo.

Ahora bien, así como el diferente plan estructural de cada aparato generador nos marcaba la distinta modalidad que alcanza en cada sexo la función generadora; así también estas diferencias anatómicas secundarias implican una diferencia importantísima en las actividades secundarias de la mujer y el hombre. Si la laringe de éste es más potente, la voz varonil será necesariamente más grave que la femenina, como acabamos de decir; y la voz será por lo tanto un carácter sexual. Si los músculos de la mujer son menos fuertes y se insertan en huesos más delicados, el rendimiento del trabajo corporal será más exiguo en ella y tendrá asimismo un evidente carácter sexual. Y si el sistema nervioso reacciona en uno y otro sexo de una manera peculiar, la misma actividad nerviosa, la más noble del organismo humano, la emotividad, la ideación, se desarrollarán dentro de la esfera de acción del sexo y en cierto modo serán también caracteres sexuales secundarios.

§

Se me dirá que entonces toda la vida humana está influida por el sexo. Y es necesario responder que sí. Actualmente están de moda las ideas de un psicólogo vienés cuyo renombre ha trascendido al público no científico y figura ya en el pequeño acervo cultural de los eruditos de café: me refiero a Freud. Freud ha sido quien ha defendido con mayor acopio de razones concretas y humanas, la teoría de que la influencia sexual no sólo rige los actos sexuales mismos, sino que, como un duende, se infiltra en las actividades humanas más alejadas del sexo. Pero sus ideas, sobre referirse más especialmente a la patología, a las neurosis, que no a la vida normal, han producido un equívoco, origen de la irritación que en ciertos medios se ha despertado contra su autor. Este equívoco consiste en confundir el *impulso sexual*, lo que en fisiología se llama *líbido*, esto es, la fuerza de atracción que hace buscarse y unirse a la mujer y al hombre, con el *instinto sexual* que es un concepto mucho más amplio y noble que aquél. Y así resulta efectivamente exagerado y desagradable el suponer como algunos freudianos excesivos, en cada objeto de la vida un símbolo de los órganos generadores y en cada acto un recuerdo, más o menos modificado y disimulado, de la cópula. Pero no puede negarse que el instinto sexual, en su más amplia interpretación, esto es, como expresión de la energía que cada ser viviente

desarrolla para perpetuarse en la especie, aparece aquí y allá, a cada instante poniendo su acento vigoroso sobre las diversas actividades humanas. Y este acento sexual, es especialmente claro en el caso del trabajo como intentaremos demostrar.

Todas las diferencias que, según acabamos de ver, impone el sexo al organismo, y por lo tanto a las actividades de éste, nos indican claramente que así como la mujer está construída para realizar una compleja función sexual primaria —concebir al hijo, incubarlo, parirlo y lactarlo—, y el hombre, por el contrario, cumple esta función de un modo fugaz, como el farolero que toca la boquilla del gas con su pértiga y desaparece dejando la llama encendida; en cambio, las funciones sexuales secundarias son infinitamente más importantes en el hombre que en la mujer. Esta no sólo no tiene tiempo si es, como debe de ser, fecunda y multípara, durante los años mejores de su vida para otra cosa importante que para gestar y criar a sus hijos; sino que además su organismo no tiene aptitud para la lucha con el medio, que podemos llamar para entendernos brevemente «actuación social». Su sistema óseo y muscular es poco a propósito para todo impulso motor enérgico y continuado y para la resistencia pasiva prolongada que exige el trabajo físico. Y la especial constitución de su sistema nervioso, que la hace infinitamente apta para los estímulos sensitivos y emocionantes tan propios de la maternidad, la hace en cambio poco dispuesta, en el promedio de los casos, para la labor mental abstracta y creadora.

En el hombre ocurre punto por punto lo contrario. Está dotado para trabajar físicamente y para resistir con tenacidad la fatiga corporal. Y su estructura nerviosa le hace menos sensible a los asedios afectivos y más apto para la creación mental. Su anatomía y su fisiología, le impelen, por lo tanto, a la lucha con el medio, a la actuación social, para la que, como hemos visto la preocupación sexual primaria apenas le debe robar tiempo.

De manera que así como el líbido masculino, la apetencia por la mujer, se opone al líbido femenino, la apetencia por el hombre, así también al instinto de la maternidad y cuidado directo de la prole, innato en la hembra normal, se opone el instinto de la actuación social en el varón fisiológico. Vemos, pues, al trabajo ligado directamente al sexo como una actividad masculina frontera y comparable a la femenina de la maternidad. El análisis biológico confirma así el símbolo escrito en la primera página del *Génesis:* Adán nace para el trabajo en el mismo momento en que Eva, la madre de todos, nace para la vida del sexo. Y Dios le marca a uno y a otra con toda claridad los dos caminos paralelos: tú, hombre, trabajarás; tú, mujer, parirás.

§

El sentido sexual del trabajo masculino puede aparecernos borroso en la sociedad de ahora tan complicada y tan lejana de la vida natural de los hombres

primitivos. Pero en éstos se descubre con toda nitidez; y antes que en el hombre primitivo, el animal no doméstico nos da ya el ejemplo más puro de esta pristina y fundamental división del trabajo que pudiéramos llamar de origen divino. Mientras la hembra del pájaro empolla sus huevos, el macho vuela sobre los campos en busca del alimento para ella. Son, pues, sus afanes tan precisos a la conservación de la especie como los de la madre misma. E igual ejemplo podría repetirse en muchas especies animales más. Es preciso que venga la domesticidad, esto es, la civilización del animal, para que el macho pueda desentenderse de este trabajo ligado a la vida sexual primaria. El desdén con que el gallo olvida a la gallina inmóvil sobre sus huevos, delegando su cuidado y alimentación en el mozo del corral, mientras él se contonea entre las demás hembras del harén, es ya un caso de donjuanismo zoológico, es decir, de atentado a las obligaciones esenciales del sexo, en el que se delata la torpe mano inductora del rey de la creación.

Con la misma pureza que en los animales podemos concebir la división del trabajo en el hombre primitivo que habitaba, si es que ya existía, los paraísos templados de la edad ternaria y las cavernas del período cuaternario. Mientras la hembra gestaba, paría y lactaba, preparaba el varón las trampas para cazar las fieras peligrosas y los animales aptos para la alimentación, perseguía al reno y al jabalí con el arco y la flecha, y defendía el hogar contra los otros hombres y contra las inclemencias del ambiente. Cumplía pues el hombre al trabajar así, una función aneja al

sexo, de carácter secundario en la categoría fisiológica, pero tan importante como la función sexual primaria para el porvenir y la conservación de la especie.

§

Claro que no puede negarse la significación del trabajo como actividad ligada al instinto de conservación, de defensa del propio individuo. En realidad, nunca podemos oponer ambos instintos, el sexual y el de conservación como no nos es posible separar al individuo de la especie. Pero un hombre teórico, aislado, sin sexo y sin descendencia viviría con un mínimun de esfuerzo, con un trabajo tan exiguo como el de alargar la mano para recoger los frutos que espontáneamente ofrece la naturaleza. El trabajo como tensión dolorosa, como preocupación, comienza en el momento mismo en que se forma la familia, fruto del acto sexual; y sin ella no se concibe la formidable transformación que ha sufrido la actuación social del hombre hasta constituirse las sociedades modernas. Insistamos en la honda significación filosófica del mito del lanzamiento de la pareja humana primitiva del paraíso terrenal: el hombre y la mujer nacen a un tiempo y para siempre a la vida del sexo y a la del esfuerzo cuotidiano. Y en las primeras imágenes humanas que conocemos, en esas escenas maravillosas del arte rupestre en que son tan ricas las grutas de nuestro país, encontramos invariablemente, en cada figurilla, estos dos

elementos, sólo estos dos: el trabajo, expresado en el gesto de correr o de lanzar la flecha, y el sexo, simbolizado por el falo. Casi nunca falta éste; y en ningún caso aparece el hombre en actitudes relacionadas con el puro instinto de conservación, comiendo o durmiendo, por ejemplo; siempre trabajando y, en ocasiones bailando, que es también un equivalente del trabajo, de profundo sentido sexual, como en otra ocasión comentaremos. Sexo y trabajo: desde los albores de nuestra vida en el planeta aparecen juntos, unidos por un indisoluble lazo biológico.

§

Con el progreso de la humanidad este esquema primitivo se complica. Pero todavía en la actuación social del hombre contemporáneo es posible seguir fácilmente el rastro de la influencia sexual. El trabajo directo de cada hombre para defender y alimentar a su pareja y a su prole, se transforma en la lucha por adquirir los valores arbitrarios —el dinero— con que se compra el alimento y se paga a quien nos libera de las rudas faenas primarias. Y desde este momento, entran en juego dos elementos nuevos, de categoría intelectual, que dan su modalidad definitiva y su irreparable desequilibrio a la actividad social del hombre contemporáneo: la avaricia y la ambición de la gloria. La avaricia, esto es, el apetito desordenado de tener más dinero que el que basta para

el sustento familiar, más dinero que los hombres que nos rodean, para dominar a éstos, para vivir mejor o simplemente por el placer de guardarlo. Y la ambición de la gloria, es decir, el deseo de prevalecer sobre nuestros semejantes por una superioridad reconocida, jerárquica, física o intelectual. En distintas proporciones y por diversos caminos, estos dos estímulos, el dinero y la gloria, son los impulsos de casi todas las acciones humanas; y ya vemos cuán directamente derivan de la función sexual. El financiero americano que trama una jugada fabulosa o el poeta que trasmite al papel el estremecimiento de su inspiración, obedecen a la ley suprema del sexo como el hombre cuaternario que esperaba agazapado entre los arbustos de la orilla el paso de las fieras sedientas. Del mismo modo que la madre europea que pare con cloroformo en una clínica y que entrega sus hijos a la técnica científica de otras mujeres, y que unos días después reanuda su vida de sociedad, cumple su deber sexual primario, aparentemente tan modificado, como la mujer cavernaria que alumbraba tras largas horas de dolor sobre un montón de hojas y de arcilla y que durante muchos meses nutría de su pecho al hijo de sus entrañas.

Entre el esfuerzo rudo primitivo y el dinero o la gloria actuales no hay más que diferencias externas: su sentido sexual es el mismo. La prueba es, que ambos objetos de la actividad humana se convierten frecuentemente en centros, y muy poderosos, de atracción sexual. En las especies animales cuando hay concurrencia de machos, éstos dirimen por la fuerza la posesión de la hembra que al fin es ganada por el más poderoso o el más hábil para vencer a su rival. Y es de presumir que en las primeras agrupaciones humanas el hombre disputaría a sus semejantes el amor de la mujer en una lucha parecida, como aún ocurre cuando dos jayanes enamorados se ponen frente a frente a resolver con la navaja un conflicto pasional. Pero pocas generaciones después la hembra codiciada no se otorgaría ya tanto al más musculoso o al más corajudo en el duelo personal como al que poseyese rebaños más nutridos.

Revista de Occidente — Año III — 1924

§

Y aquí es pertinente el observar cómo desde la aurora de la vida social, el instinto del sexo asoma como una de las causas, quizá la más profunda e inmodificable de la desigualdad humana: el hombre podrá llegar a partir su pan y su techo con el hermano desvalido; pero cuando pase entre los dos la mujer y el instinto les llame a ambos con el mismo rotundo aldabonazo, cada hermano querrá ser más fuerte que el otro por encima de todas las filosofías; y el menos vigoroso físicamente intentará superar a su rival con su riqueza o con su jerarquía. Cuando contemplamos esas pinturas prehistóricas que han sido tal vez el horizonte más sugestivo que se ha abierto a nuestro pensamiento en estos últimos años, nos sorprende —ya lo hacía notar hace muy poco

Ortega y Gasset— que antes que el vestido como necesidad aparece el adorno, esto es, el lujo. Pues bien, lujo que en sus consecuencias quiere decir desigualdad, casta, quiere decir en sus orígenes, sexo, nada más que sexo; y la dinámica del sexo jamás podrá modificarla nadie. Por encima de los esfuerzos generosos de los redentores, por encima de las revoluciones más niveladoras, nos dan esta lección de escepticismo aquellas mujeres prehistóricas de la gruta de Cogul que, millares de años antes que todas las sociedades modernas, se reunen con sus vestidos y sus tocados, tan parecidos en su frívola elegancia y en su sentido sexual a los de la mujer de ahora, a coquetear en torno de un hombre que exhibe su vigor natural y sus adornos de plumas. Sexo, trabajo, lujo, desigualdad: estas palabras forman un círculo del que la humanidad no saldrá nunca y es inútil buscar su sentido en los planos de las teorías económicas y sociales porque se trata pura y simplemente de un problema de biología de los instintos.

§

Pero dejando a un lado este punto cuyo desarrollo nos ocuparía demasiado tiempo, es evidente, repitamóslo, que en los tiempos actuales el dinero y la gloria acentúan y a veces sustituyen a los motivos puramente físicos de la atracción sexual; con lo que queda demostrado su sentido sexual mismo.

Por lo que hace a la gloria, el hombre sabe muy

bien que al triunfar, en cualquier orden de la vida que sea, los caminos del amor se dulcifican y acortan; y la conciencia de ello o su presentimiento oscuro constituyen con toda probabilidad uno de los elementos componentes de la gran ilusión de esa gloria, cuyo goce por lo breve y porque nunca se colma se parece tanto al goce sexual. Y en cuanto al dinero, el papel que juega en el amor es bien conocido y merece algunos comentarios aparte.

Todos oímos referir a diario, con encono o con desprecio, el caso de esta o de la otra persona que se casó por interés, con los ojos puestos en las arcas del cónyuge antes que en sus cualidades morales o físicas. Y ciertamente el desinterés en el amor merece toda nuestra simpatía. Pero no podemos tampoco juzgar del fenómeno a la ligera y condenarle sin tratar de desentrañar lo que en él pueda haber de justificable.

Desde luego el caso del hombre que busca el dinero a través de la mujer, es siempre inadmisible y no vamos a referirnos a él. Puesto que la mujer está formada para ser madre, el instinto varonil ha de orientarse normalmente hacia la posibilidad de una maternidad óptima y no hacia una renta caudalosa. Desde el punto de vista varonil, es por lo tanto, preciso admitir la vieja teoría sostenida por Schopenhauer de que, detrás de todas las complicaciones del amor, los sexos opuestos actuan simplemente como dos cuerpos químicos complementarios que se buscan para unirse y dar lugar a la formación de otro cuerpo. La belleza y la gracia femeninas no son, pues, en este sentido, más que señales sugestivas que la na-

turaleza hace al instinto varonil para atraerle a la emboscada de la paternidad. En este ir y venir elemental de los instintos, el dinero, equivalente del trabajo, corre de cuenta del varón; y por lo tanto el buscarlo en la mujer tiene, en su sentido estrictamente biológico, algo de contranatura.

Pero por la misma razón, la mujer cuando busca desde el fondo subconsciente de su líbido el padre de su hijo futuro, en el amante o en el novio valora tanto como la misma robustez física la potencialidad económica, la capacidad de servir de sostén al hogar aún no formado. Repitamos que esta obligación de sostener al hogar es, en condiciones normales, un carácter sexual del varón, una función para la cual le ha dotado la naturaleza de condiciones físicas peculiares, opuestas a las de la maternidad de la mujer. Y ésta obra, por consiguiente, con absoluta corrección fisiológica al pesar y medir en su pretendiente dicha capacidad para la actuación social. Schopenhauer dice que en esa mirada con que, al encontrarse por vez primera, un hombre y una mujer, se examinan instintivamente en silencio, se adivina al genio de la especie que medita si aquellos dos organismos son aptos para la formación de una criatura nueva y más perfecta. Y habría que añadir que en esa rápida valoración entra el arqueo de los caudales masculinos, expresión sintética de su capacidad de trabajo.

Así, pues, el dinero, tan material y tan lejano en apariencia del tráfago de los instintos fundamentales, cobra a nuestros ojos una significación biológica de primera categoría. En un libro reciente y discutido

de M. Prevost, hallamos una expresión exacta de esta interpretación. El autor refiere que una joven de la sociedad parisiense, prototipo de las muchachas un tanto complicadas de la post-guerra, al ser criticada por haber abandonado un novio hacia el que se sentía físicamente atraída cuando se informó de que era pobre, responde con las siguientes palabras, que muchos calificarán de cínicas y que seguramente lo son, pero que encierran una profunda verdad biológica: «mi resolución no tiene nada de extraordinario; si yo me hubiese enterado de que mi novio pertenecía a una familia de enfermos, la culpa tampoco hubiese sido de él, y yo, con la aprobación de todos, no le hubiese tomado por compañero; pues bien, la falta de fortuna es también una tara, algo incompleto y como malsano.»

Esto es terrible, pero es cierto. En la vida moderna la paternidad exige, tanto como la aptitud concepcional, una capacidad financiera suficiente y son pocas las mujeres —y esas pocas creo que casi todas españolas— que se aventuran a cambiar una realidad suya, la maternidad, contra una interrogación del marido, la probabilidad del éxito social todavía no logrado.

§

Se me objetará que en los razonamientos anteriores empleo el concepto «dinero» como equivalente al de «trabajo», y, en realidad, esto no es siempre así.

El dinero, muchas veces, demasiadas por desgracia, no significa más trabajo que el meramente pasivo y soportable de llevar un apellido y recibir una herencia. Pero el instinto es una fuerza urgente y no se para en estas delicadezas. Para el juicio social no puede equipararse el dinero que se heredó con el adquirido por el esfuerzo propio; ni el logrado con honestidad con el arrebatado por malas artes. Pero, biológicamente, dinero equivale a fuerza, a bienestar, a facilidad para el auge de la prole; y lo de menos es que el ganador sea el propio padre o los antepasados de éste, ni que sea fruto de una vida de probidad o de una rapiña presidiable. Los instintos, volvamos a decirlo, son poco escrupulosos y a veces fundamentalmente inmorales; por ello, toda la obra de la educación no es más que una superación ética de los instintos.

§

Esta concepción del trabajo, no como una obligación accidental de la especie humana, sino como una función ligada a la vida sexual del hombre, nos permite enfocar con claridad varios problemas interesantes, alguno de los cuales vamos a considerar sucintamente.

El primero de estos problemas es el del feminismo. El problema del feminismo ha sufrido en estos últimos años una evolución muy rápida que no podrá ocultarse ni aun a los menos interesados por él. Durante mucho tiempo las feministas que proclamaban la emancipación de la mujer han agitado el mundo pidiendo la igualdad de ambos sexos. Igualdad total en los derechos y en la intervención en los factores de la vida pública que estaban hasta entonces reservados al varón.

Este programa que revolucionaba normas seculares era evidentemente excesivo como lo son (y acaso es ésta una condición necesaria para su eficacia) todos los programas revolucionarios. Su defecto capital estaba en el olvido de «la historia natural» de la cuestión; y aunque voces avisadas advirtieron el peligro, los interesados sólo se dieron cuenta de él cuando la experiencia se lo enseñó.

Las feministas y los hombres que las hacían coro miraban hacia afuera, hacia la organización social; pero no hacia su propia organización fisiológica. Es cierto, que el hombre había arreglado las leyes a su antojo, limitando arbitrariamente la capacidad de acción de la mujer, reduciéndola de un modo estricto al hogar y además no compensando esta diferencia con una posición privilegiada ante el derecho. Pero es indudable que al obrar así, el sexo fuerte no creaba una injusticia, sino tan sólo interpretaba abusivamente un estado de desigualdad natural e inmodificable entre ambos sexos.

Esta desigualdad biológica era el tope que marcaba el distinto camino que cada sexo había de seguir en la vida: tú, mujer, parirás; tú, hombre, trabajarás. Y en efecto, han bastado pocos años de contacto con la realidad (y con la realidad de una de las épo-

cas más agudas de la historia) para que la revolución feminista haya entrado por su verdadero carril. Igualdad en los derechos, incluso superioridad en muchos derechos para la mujer; pero diferenciación fundamental de actuaciones, puesto que el organismo está construído en cada sexo para actuar de un modo diferente, como acabamos de ver. El hombre es un motor, muscular y psíquico, provisto, de un modo casi accesorio, de un órgano generador. La mujer es un gran mecanismo generador dotado de una sensibilidad exquisita para reaccionar ante el ambiente en provecho del fruto de esa generación. Y cada uno tiene su aplicación en la marcha del mundo como la tienen diferente el clavo y el martillo.

§

A este hecho que no puede discutirse se ha objetado que tales diferencias anatómicas y funcionales pueden no ser un hecho primario, sino la consecuencia del distinto uso que, a través de los siglos, se ha venido haciendo del organismo de cada sexo. Es decir, que la hipertrofia del mecanismo sexual en la mujer y de las funciones centrífugas, sociales, en el hombre, serían simples fenómenos de adaptación; como la vaca al pasar al estado doméstico, por ejemplo, pierde su sistema muscular y se hace incapaz para el esfuerzo, localizándose toda su actividad en la función gestatoria y mamaria.

Pero aunque no pueda negarse que el organismo humano, como todo organismo vivo, es extraordinariamente sensible a las leyes de la adaptación, hay una razón experimental que demuestra que no se trata de diferencias postizas, creadas por el uso, sino de rasgos distintivos inherentes a la misma esencia de cada sexo. Me refiero a las consecuencias de la castración, observadas ya por los antiguos; y, más modernamente, a las del injerto y trasplantación de los órganos genitales. La hembra desprovista de sus ovarios, aunque siga viviendo en el mismo medio que antes, pierde su morfología, su fisiología e incluso su psicología femeninas y se hace fuerte, musculosa, decidida y apta para las empresas varoniles. Y al macho castrado le ocurre lo contrario, como han atestiguado las bien conocidas descripciones empíricas de los viajeros de Oriente, en los tiempos en que aún había eunucos en los harenes, y los datos científicos publicados por Moebius, Zambaco Pachá, Tandler y tantos otros autores que se han ocupado de esta cuestión (en la que por cierto no nos falta experiencia a ningún médico, pues son todavía muchos los casos que observamos de castración quirúrgica o de lesión grave y espontánea de los órganos genitales con anulación de su actividad.)

En las especies animales que nos sirven para los trabajos de laboratorio, en el mono, en el perro, en el conejo, en las aves, se puede repetir a voluntad este mismo experimento; y se le puede añadir la contraprueba definitiva, que en estos últimos tiempos han realizado Steinach, Athias, Pezard y otros, de injertar

testículos en animales hembras y ovarios en animales machos, previamente castrados, con lo que se observa un cambio absoluto, verdaderamente teatral, del sexo y de las aptitudes del animal injertado. Nuestras actividades, nuestra mentalidad de hombre o de mujer no dependen pues de un hábito creado por una división arbitraria del trabajo y afirmado y perfeccionado por la herencia a través de las generaciones, sino del hecho inmodificable de haber nacido provistos de uno o del otro sexo; y al perder éste, perderemos también estas características morfológicas y funcionales, incluso las diversas aptitudes para la actuación social, sin necesidad de que el medio en que nos movemos se altere para nada.

§

Claro está que el esquema que hemos expuesto no abarca, como todos los esquemas, sino un cierto número de los casos. Fuera de él, queda una porción considerable de la humanidad de hombres y mujeres que, *sin dejar de ser normales*, no se ajustan al rigor fisiológico de su sexo ni, por lo tanto, a esta escueta división de aptitudes y de destino social. Por lo que se refiere a la mujer, es evidente que el ser madre no excluye la intervención en una serie de actividades públicas y privadas para las que la mujer, por las mismas razones de su constitución anatómica y espiritual que hemos expuesto, es

especialmente apta. La enseñanza, el estudio y cuidado de los enfermos, los trabajos de laboratorio y de oficina y, en fin, los oficios que exigen minuciosidad, paciencia y habilidad manual a cambio de poco gasto de tensión muscular y nerviosa y poca inventiva, caen dentro de las aptitudes biológicas de la mujer: como que son, y sería fácil probarlo, prolongaciones muy directas de las actividades maternales propiamente dichas.

Si la mujer, por imposiciones sociales o por su propia decisión, no ha sido madre, toda esta extensión hacia la actuación social se justifica más y se ensancha sobremanera. Y por último, hay una categoría de mujeres, mucho más considerable de lo que suele creerse, que, en efecto, aspiran a una actuación masculina por la razón de que son capaces de llevarla a cabo con todo rigor fisiológico. Son mujeres de feminidad debilitada, mezclada con elementos varoniles evidentes; y este bisexualismo inicial, que muchas veces se reduce a la esfera del espíritu, en otras ocasiones trasciende a la misma anatomía; apreciándose, entonces, claramente en el porte externo de la mujer, en sus movimientos, en la voz, en la repartición del tejido adiposo, etcétera, esa cierta ambigüedad sexual, compatible desde luego con una normalidad social estricta. Las «grandes mujeres», orgullo de su sexo, que las feministas nos citan en todos sus escritos y discursos, las que han emulado y a veces superado a los hombres de su tiempo por el vigor y la fecundidad de su actuación social, artística o científica, han sido siempre (digamos casi siempre para no discutir) a los ojos del fisió-

logo, mujeres alejadas del centro de la feminidad. Y este pensamiento que en forma de sarcasmo cruel exponía Schopenhauer a mediados del pasado siglo, es hoy un precepto científico que no tenemos más remedio que admitir; sin que ello reste en lo más mínimo el respeto y la admiración que esas mujeres superiores deben inspirarnos.

§

La guerra europea pareció desmentir momentáneamente este concepto naturalista del feminismo que desde algún tiempo antes se abría paso entre las proclamas exaltadas de las sufragistas. En los países beligerantes, la casi totalidad de los hombres se fueron a los campos de batalla; y los sitios que en las fábricas, en las oficinas, en los campos, en los servicios públicos de las ciudades habían sido ocupados siempre por varones, tuvieron que serlo por mujeres, que abandonaron su hogar para dar al mundo un ejemplo conmovedor de energía improvisada y de capacidad productora. La demostración de la aptitud femenina para equipararse al hombre en todos los aspectos de la lucha social, era, al parecer, rotunda; y una literatura entusiasta y caudalosa esparció por todo el mundo la buena nueva de esta conclusión indiscutible.

Pero el experimento, en realidad, no probaba que el trabajo rudo fuese el papel de la mujer; sino sencillamente que en un momento de inquietud la mujer, dotada, en efecto, en sumo grado de estas virtudes que los americanos llamarían «de emergencia», puede suplantar al hombre. En la vida de las naciones, como en un modo habitual ocurre también en la vida de las familias cuando falta el padre o el marido, es, en efecto, frecuente ver que la mujer desamparada se lanza bravamente a la lucha y convierte en energía social, a veces de calidad óptima, la energía materna.

El sexo puede, pues, ser vencido accidentalmente por una razón de orden social. Pero recobra, en cuanto puede, sus fueros. Y por ello, todos hemos visto que esas mujeres varoniles nos tenían reservada otra gran lección imprevista, tan provechosa como la primera: la de abandonar con espontáneo y presuroso impulso aquellos puestos de trabajo que parecían definitivamente conquistados. «Mientras los hombres —dice Prevost comentando este mismo hecho— elaboraban gravemente legislaciones cada vez más feministas, sus ingratas clientas se apresuraban a ser más mujeres que nunca, en el sentido estricto de «mujer», esto es, lo contrario del hombre. Y como los estudiantes al terminar la escuela, así que la guerra terminó, se alejaron de las fábricas saltando y dando gritos de alegría.»

Y así en otro libro reciente, de la post-guerra, un sociólogo italiano, Campione, ha podido escribir al frente de uno de sus capítulos: «mujer y trabajo son dos cosas contrarias».

§

Paso de largo, pero no tengo más remedio que citarle, un problema paralelo al de la mujer que acabamos de esbozar: el del papel del hombre con relación al trabajo y a la vida sexual. Si las condiciones biológicas de la mujer imponen a ésta una preponderancia incuestionable de su actuación sexual, de la maternidad, sobre la actuación social, las del hombre exigirán de éste inversamente el dedicar la casi plenitud de su energía a esta actuación social; y una energía episódica (episódica en el tiempo, aunque no lo sea en la intensidad), a la preocupación del sexo. En un estudio reciente publicado en esta misma *Revista** sobre el donjuanismo he tratado con bastante pormenor este asunto sobre el que no quiero insistir ahora.

Para mí es evidente que, contra todas las apariencias, el hombre que dedica su vida al amor y hace de él una técnica especializada; el hombre conquistador y mujeriego que alcanza su expresión culminante en el Don Juan, lejos de ser el prototipo de la virilidad representa una forma de sexualidad equívoca y ambigua. Los antecedentes fisiológicos sobre los caracteres sexuales, que antes hemos expuesto, justifican a priori este juicio que se confirma en la práctica, y esto sí quiero repetirlo, porque los donjuanes que andan por

* Véase *Notas para la biología de Don Juan* en el núm. VI de esta Revista.

el mundo son, en efecto, hombres de psicología, y a veces de morfología, netamente alejadas del tipo viril estricto, incapaces para una actuación social fecunda y no raras veces bordeando la zona semi-normal en que los dos sexos se confunden.

Las razones que he expuesto en favor de este modo de pensar son harto prolijas para que las repita aquí. Algunos las han rechazado, si bien sustituyendo la crítica razonada por simples aspavientos. Pero otros las han confirmado. Y ha sido sobre todo singular el fenómeno de que casi a la vez que mi estudio han aparecido otros dos ensayos sobre el mismo tema, una novela psicológica de Rouff y una pieza dramática de Lenormand, en las que se sostiene la misma tesis de la sexualidad equívoca de Don Juan. Así, pues, parece que el ocaso del mito donjuanesco, que yo profetizaba, es un fenómeno que ha sido también visto desde otros observatorios.

§

En el hombre normal y maduro, la función sexual primaria, el líbido, debe ser, repitámoslo, un accidente, por muy henchido que esté de sensaciones agudas; y la función sexual secundaria, la actuación social, el trabajo, debe ocupar, en cambio, el sector más amplio de su energía.

Y esto nos lleva, ya para terminar, a referirnos a un último problema de los que me proponía comentar:

la necesidad de la acción en el hombre normal. *El hombre está obligado a la acción—nos atreveremos a decirlo después de cuanto hemos expuesto—por el fuero de su sexo tanto como por una conveniencia fisiológica*. Y por ello, los raros ejemplos que conocemos de varones enteramente inactivos quedan automáticamente al margen de la lucha sexual.

Es necesario que insistamos en esto porque siendo un hecho ciertísimo, los hombres no hemos reparado lo suficiente en su trascendencia. El hombre tiende naturalmente a liberarse del trabajo físico primero y aun de todo trabajo después; acumulando la riqueza que le permita vivir a salvo del esfuerzo. Sin embargo, un hombre emancipado totalmente, en su sentido estricto, de la maldición de Dios, un hombre que en absoluto hiciese nada, degeneraría tan rápidamente que a la segunda generación la naturaleza le habría eliminado del ciclo vital de la humanidad. Cuando Moisés mandaba morir a aquellos veinte mil israelitas que adoraron el becerro de oro, se ajustaba, sin saberlo, a los preceptos más puros de la eugénica, tanto como al rigor de las leyes divinas. Creso, rodeado de sus tesoros, muere en efecto sin descendencia; y cuando tiene hijos, éstos o los hijos de éstos terminan en el idiotismo o en la locura si no se arruinan a tiempo y acude a salvarlos la miseria que les obliga, con su aguijón punzante, a aceptar otra vez el yugo del trabajo.

El hombre, pues, ha de ser esclavo de la acción si quiere vivir. Pero no solo si quiere vivir para sí mismo, para el individuo, sino también si quiere sobrevivirse en la especie. El dinero, cuya importancia en

la lucha sexual hacíamos notar hace unos momentos, no bastará por sí solo, como no sea momentáneamente a neutralizar la fuerza selectiva que impulsa a la mujer hacia el más fuerte. Y por todo ello, el hombre, liberado del trabajo pero amenazado, en la ociosidad conquistada, de ser excluído de la corriente fecunda de los instintos, inventa un nuevo modo de la acción que es el deporte.

El deporte, mero sustitutivo del trabajo, posterior a éste en la cronología y en la dignidad, según mi modo de ver, obedece, por lo tanto, a las dos razones expuestas. A compensar los perjuicios que tiene para la salud la inactividad física y a mantener viva la energía de atracción en la lucha de los sexos. Eso fué desde sus comienzos y eso sigue siendo todavía: pero el asunto del deporte, en su relación con el trabajo, precisa algunos comentarios más.

Un gran pensador español nos hablaba hace poco del deporte, y, al hacer su elogio, nos recordaba el símbolo de Marta y María: Marta la que trabajaba, mientras María soñaba oyendo a Jesús. Y Jesús, todos lo sabéis, pronunció su inmortal sentencia desconcertante: «María, tú escogiste la buena parte». Pero soñar como pensar puede ser un trabajo; como muchas Martas se afanan en la casa por mero deportismo.

Es, pues, ante todo necesario que fijemos con exactitud qué es el deporte y qué es el trabajo. Nosotros no podemos entender por trabajo solamente el esfuerzo corporal rudo y agotante, impuesto por el amo, el del forzado que rema en las galeras. Por el contrario, sabemos que trabajar, en su sentido exacto y

ancho, no es solo contraer los músculos y derramar sudor, sino ejercer toda la complicada variedad de los modos de la actuación social para lograr bien el sustento estricto de cada día, bien la riqueza superflua o la gloria con las que el hombre complementa su actividad sexual primaria.

Sin dárnos cuenta, por lo tanto, nos encontramos en regiones ambiguas en las que es difícil discernir con exactitud si una determinada actividad humana es un trabajo o un deporte. Pero hay algo que es esencial al trabajo, que le define y le distingue de aquél, y es la creación. El trabajo crea siempre, desde el pan que se logra a cambio del esfuerzo físico, desde el dinero que el patrón deja en la mano del obrero al fin de la semana, hasta el zapato terminado, el trozo de pared, el verso o la verdad descubierta.

El deporte en cambio es estéril, salvo su utilidad ya comentada para la salvaguardia de la salud y el auge de la atracción del sexo. Es, pues, un remedo incompleto de su hermano mayor, más perfecto y fecundo, el trabajo. La eficacia de deporte, se extingue al terminar el juego; la del trabajo perdura en la obra construída. Por ello dígase lo que se quiera, el deporte como ocupación única de la vida es patrimonio de gentes inferiores que hacen sport para que la naturaleza les perdone el pecado mortal de no trabajar.

Claro que al hablar así ponemos frente a frente al trabajador puro y al deportista puro, seres que quizá tienen solo una realidad esquemática. Pues hay, repitámoslo, una zona intermedia en la que deporte y trabajo, a pesar de todo, son imposibles de separar completamente. El hombre de un modo instintivo trata de convertir la maldición del trabajo en una satisfacción; y en este sentido hay una forma de trabajar vestida de divertimiento que conviene no confundir con el deporte propiamente dicho. Si volvemos de nuevo los ojos a los hombres de las cavernas que retratados en sus paredes persiguen al jabalí o al ciervo, nos veremos embarazados para decidir si trabajan o si se divierten, si cazan por saciar su hambre y la de sus hijos o simplemente por el placer de cazar. Probablemente hacen las dos cosas, y en el hombre actual, por lo menos en una parte privilegiada de la humanidad, subsiste esta misma feliz confusión. Toda una categoría de hombres aspiran a poner a su trabajo este revestimiento de placer. El artista, el hombre de ciencia, el explorador, el político y aun muchos de los que ejercen labores manuales, se remuneran tanto con el logro material de los elementos necesarios para la vida, como con la satisfacción, ciertamente deportista, que da el afán como tal afán.

Mas repitamos que esto no es deporte. Al deportista puro le ha librado su riqueza de la necesidad creadora del trabajo y se entrega a esa acción estéril para no degenerar físicamente y para no ser barrido de la lucha sexual.

No es necesario insistir —los higienistas nos han atronado los oídos explicándolo— las virtudes que para la salud individual tiene el deporte. Y en cuanto a su sentido sexual, lo demuestra de un modo inequívoco la significación que tiene el público femenino en los espectáculos deportivos y la frecuencia con que el

amor figura entre los premios del vencedor. Si de las fiestas deportivas se suprimiese este público femenino, es indudable que desertarían la mayor parte de sus actores. La mujer que nos pinta Ovidio siguiendo con ojos anhelantes y con el corazón encendido las proezas de los atletas del circo, es la misma que hoy acude a las olimpiadas modernas a cumplir, sin saberlo, la ley fisiológica de pagar el esfuerzo varonil con el amor. Y, en suma, es el trasunto de la hembra del ciervo que espera que riñan los machos para ser poseída por el más fuerte.

§

Se me dirá que según nuestro modo de ver el ejercicio del deporte debía estar reservado al varón, puesto que es un equivalente del trabajo, y éste representa una función esencialmente varonil. Contestemos decididamente que *sí*. El deporte es originariamente una actividad masculina y sólo en épocas muy tardías de la evolución humana, la mujer normal, no la de excepción, se hace deportista. Y aun ahora la mujer vive de prestado en el ambiente esportivo, atraída casi siempre por un sentido pasajero de sexualidad ambigua que se ha extendido por las sociedades modernas y que tiene su expresión externa en el culto de ciertos aspectos del adorno como el cabello corto y muchos detalles de la indumentaria femenina actual. La prueba de ello es, que salvo las profesionales, la

mujer corriente pasa por los deportes como un meteoro, mientras es soltera o mientras no le ocupan demasiado los cuidados de la maternidad. Entonces la feminidad verdadera se impone y la mujer deja sus hábitos deportistas, que son tan varoniles en el sentido de la actividad como en el de la indumentaria. En el deporte, el papel que pudiéramos llamar fisiológico de la mujer, es, como antes hemos dicho, el de espectadora; papel, repitámoslo, no pasivo y accidental, como pudiera creerse, sino lleno de transcendencia directa.

§

El deporte, por lo tanto, tiene una justificación dentro de las normas de la biología que le equipara al trabajo; pero le diferencia de éste, su infecundidad. El deportista es, pues, al trabajador lo que la cortesana a la madre. Ambas obedecen a la misma ley de los instintos, pero en aquélla la utilidad está sacrificada al placer; al contrario que la madre que supedita el goce momentáneo a un dolor, conveniente para la vida futura de la especie.

Pero la diferencia no es radical; y la naturaleza permite al género humano pasar fácilmente de una actitud a la otra. El hombre puede hacer de su trabajo una ocupación agradable, esto es, un deporte; como el deportista puede convertirse en profesional, es decir, en trabajador en cuanto lo necesite; y como la corte-

sana con toda naturalidad puede ser madre y seguir siendo las dos cosas.

La vida nos deja abierto el camino para mezclar el dolor fecundo con una dosis razonable de placer. Y en hallar esta proporción, igualmente distante del goce estéril y de la creación angustiosa, estriba la felicidad verdadera.

Refiere Diógenes Laercio que una mujer admirable, Teano, la esposa de Pitágoras, que tenía tanto de Marta como de María, dijo en una ocasión: «por esto soy mujer, por juntar el placer con la fecundidad». Fecundidad y placer: he aquí la fórmula perfecta.

Cuando la humanidad la haya conseguido, el hombre, liberado del dolor por tantos siglos de sufrimiento, podrá volverse al Dios que maldijo a nuestros primeros Padres, para decirle, como un Luzbel respetuoso: Señor, mi mujer es fecunda sin sufrir; y yo gano el pan con el sudor de mi frente, pero mi trabajo es mi mayor alegría.

G. Marañón

Parerga

Cosmopolitismo.—En el paisaje de la postguerra se acusan, entre otros, con creciente claridad dos fenómenos que al ser enfrontados facilitan su recíproca definición. Uno de ellos es el *internacionalismo* representado por la *Sociedad de las Naciones*, otro es el *cosmopolitismo* de ciertas minorías intelectuales.

La *Sociedad de las Naciones* contaba con grandes medios para llegar a constituir un poder real y eficiente en la vida europea. Se la ha dotado con abundantes recursos económicos, se ha hecho amplia propaganda de su institución, encontraba en cada país fuertes partidos políticos organizados que simpatizaban con sus propósitos. Sin embargo, la *Sociedad de las Naciones* no ha logrado conquistar corporeidad alguna en la existencia histórica. Es un fantasma nato que arrastra un sino espectral. No es una fuerza nueva que intervenga de manera apreciable en el proceso universal.